piran por el día venturoso en que rendidos á tus pies, contemplen tu encantadora y celestial belleza, te bendigan y se gocen en tu gloria, y vivan para siempre reconocidos á tu santa protección. Fiat, fiat.





EL CANTAR DE MIS CANTARES

CAPÍTULO PRIMERO

Un suspiro de amor.

Cantares y su corazón se llenaba de dulzura y de una dicha inefable. Un pensamiento tan hermoso y santo como era el de que hablamos, traía consigo la luz y la gracia, la paz y el gozo en el Señor; y todo esto avivaba los incendios del amor sagrado en el alma de la Esposa: gozaba delicias del cielo, y sentía casi sin interrupción impulsos misteriosos que intentaban llevarla á su Amado. Su amor tenía que abrirse paso: ¿cómo detenerlo? en vez de hacerlo así, la Esposa tenía que seguir su

santa inspiración y dejarse llevar de sus impulsos.

¿Quién como tu Amado? le dice aquel pensamiento. El es el más perfecto entre todos los hijos de los hombres y la gracia está derramada en sus labios. Nadie como El ha llegado á amar con tan ardiente y generoso afecto; y sin El serás muy desgraciada. El es tu dicha, y todos tus bienes son dones de su gracia.

De esta manera, el pensamiento de que hablamos, penetra, eleva y transforma el corazón de la Esposa en su Amado; mas ¡ay! que éste se halla ausente, y la Esposa quisiera arrojarse á sus pies, estrecharle entre sus brazos y recibir sus caricias; y por esto exclama como fuera de sí misma: Béseme con el beso de su boca; porque tus delicias son mejores que el vino.

Esto pasaba con la Esposa con relación á su Amado; nosotros tenemos en el cielo á la diestra del Hijo de Dios, á la Madre que amamos con todo nuestro afecto, por lo cual pensamos en Ella, y le enviamos un suspiro de amor. Al pensar en María queda la inteligencia deslumbrada, y el corazón siéntese inflamado con las llamas de su santa caridad. ¡Cómo una criatura puede brillar delante del Eterno con una perfección tan admirable: cómo no queda oprimida bajo el peso de esa gloria infinita con que brilla su frente inmaculada, con que Dios se ha dignado embellecerla como Madre suya! Sólo

tenemos que decir: es María, obra excelentísima de la omnipotencia del Eterno que ha ostentado en ella la virtud de su brazo.

Llena de luz, de gracia y de belleza, la contemplamos en el más dulce arrobamiento de nuestra alma; no hay en Ella sombra ni del menor defecto; pues Dios la ha vestido con el precioso ropaje de la inocencia original y de la más perfecta justicia, la ha inundado de gracias, la ha poseído desde el principio de sus caminos; nadie como El se ha acercado á esa criatura incomparable en quien tiene sus delicias.

Contemplamos un instante à nuestra amadisima Señora, pensamos en Ella deliciosamente, y tenemos que exclamar: ¡Oh, cuán amable y hermosa nos la presenta el amor! Amor que ha nacido en nosotros por la gracia divina; y que crece diariamente en nuestras almas, por las excelencias de María y por sus bondades con nosotros. Si contemplamos sus grandezas, y la luz que derraman sus miradas, y la sonrisa de sus labios virginales, siéntese lleno de dulzura nuestro corazón, que no olvida un instante que es Maria la fuente de todos sus bienes; y que si Dios la ha enriquecido con todos sus tesoros, éstos serán para nosotros; que en Ella está nuestra esperanza de salud y vida eterna; y que tiene sus delicias en rogar por nosotros y en alcanzarnos de Dios todos los bienes.

Si después de esto pensamos en nosotros mis-

mos, no podremos contar los beneficios que hemos recibido de esta Madre amorosísima; ni conoceremos la sinceridad y la grandeza del amor que nos tiene; y sólo podremos conocer que es muy grande la obligación de servirla y amarla. Este pensamiento aviva nuestro amor, y sentimos en el alma vivísimos impulsos de santa caridad que hacia Ella nos llevan; oímos una voz que nos dice: Amadla con todo vuestro afecto ¿quién trata de impedirlo? ¿el mundo, las pasiones y miserias? Si así fuera, avergonzaos de todo esto, que tanto os degrada y es tan injurioso al amor incomparable de María, tan puro y tan sublime, manantial inagotable de castísimas delicias.

¡Ay de nosotros que no una sino muchas veces nos hemos olvidado de María y la hemos pospuesto á la vanidad y á la miseria! El dolor oprime nuestras almas; nos avergonzamos de una conducta tan indigna; y la confusión y el desaliento tratan de apoderarse de nosotros; mas el recuerdo de una Madre tan llena de misericordia nos sostiene. Tenemos á la vista su paciencia invencible, no se nos olvidan las bondades que se dignó dispensarnos cuando seguíamos el camino de la culpa; y bien sabemos que siempre lleva un corazón de Madre, lleno de misericordia y de ternura; y por Ella el Señor nos conserva la vida: ¿por qué no reparar nuestras terribles pérdidas? Aún podemos amar-

la, y debemos hacerlo, y el corazón lo está pidiendo con toda su energía. ¿Quién puede comprender la grandeza de la obligación á que nos referimos, y la felicidad incomparable que habremos de gozar al amarla? Llena de bondad y de clemencia, hermosísima y amable, sentimos por Ella, un atractivo misterioso y santo; queremos arrojarnos á sus pies, manifestarle el amor que le tenemos, gozar de sus caricias, y sin darnos cuenta de lo que nos pasa, exclamamos: Béseme con el beso de su boca; porque son tus amores más dulces que el más exquisito vino.

Apenas han pronunciado nuestros labios tan santas palabras, y avergonzados de tanto atrevimiento hundimos la frente en el polvo. Todas nuestras culpas vienen á oprimirnos con su enorme peso: ¡séres tan manchados, tan inmundos como nosotros, toman en sus labios tan santas expresiones, y quisieran disfrutar de las delicias del amor sacratisimo de la Virgen de las virgenes, que es más pura que los ángeles de Dios! ¿Cuáles serían entonces las delicias reservadas á las almas inocentes, á las que han servido á Dios nuestro Señor en el recogimiento del espíritu, y dedicadas al ejercicio de las más sublimes virtudes? Contentémonos con recoger las migajas que caen de la mesa del Padre celestial; que ni aun esto merecemos, ni somos dignos de besar el polvo que huellan las plantas de María: Ella misma nos lleve en pos de sí y correremos

atraídos por la fragancia de sus santísimos ejemplos. Corramos en pos de Ella de tal manera que logremos alcanzarla; y entonces rendidos á sus pies jurémosle un amor eterno. Esos pies virginales serán nuestras delicias: abrazarlos, cubrirlos de besos y regarlos con llanto de amor; tal es la felicidad á que aspiramos. Siempre caminaron por las sendas de la justicia y la virtud. Ellos nos mostrarán las sendas de la inocencia, de la humildad, de la pureza y de la paciencia.

¡Cuán hermosos son tus pies, se dice en los Cantares á la sagrada Esposa! En los pies de nuestra amadísima Señora se simboliza la rectitud de intención en todas sus obras y nos recuerdan los triunfos de María sobre el pecado y el infierno; he aquí por que son tan hermosos; por que la rectitud de intención en nuestras obras las eleva y embellece con la luz del cielo y las hace muy agradables al Señor. Y respecto de los triunfos de María, la gracia en ellos descubre su magnificencia y los adorna y engalana con la luz de su hermosura.

La Niña de Dios siempre caminó á la sombra del poder divino y sobre sendas tapizadas con las flores de todas las virtudes. La Niña de Dios, decimos de nuevo, con sus purísimos pies aplastó la cabeza de la serpiente infernal, triunfó del demonio, y su victoria sobre el enemigo del género humano, fué singular y gloriosa: y los ángeles del cielo cantaron al Señor,

himnos de bendición y de alabanza; y las misericordias del Eterno empezaron á caer sobre los hombres, cual lluvia fecundante de paz y bienaventuranza.

La Magdalena sentada junto á los pies de Jesucristo, oía sus divinas palabras; nosotros también las oiremos estando á los pies de María; porque todo lo refiere á la gloria de su Hijo, y nos lo da á conocer en el misterio de su Encarnación; y si la Magdalena escogió la mejor parte, nosotros teniendo á María, con Ella tendremos también á Jesucristo.

Después del Hijo de Dios thallaremos una herencia más preciosa que el amor de María? Y esto es lo que entendemos estando á sus pies virginales. Ese amor es más fragante que los más olorosos perfumes; y el nombre de la Virgen santa es cual bálsamo suavísimo que nos llena de delicias.

Atráeme en pos de tí, decía la Esposa santa al Amado de su corazón; nosotros seremos llevados á Jesús por medio de María: por esto le dirigimos igual oración: Atraednos hacia Vos oh Virgen sacratísima, y correremos al olor de vuestros aromas. Introducidnos en lo más secreto de vuestra morada. Allí saltaremos de contento y nos regocijaremos en Vos, conservando la memoria de vuestros castos amores, más deliciosos que el vino. Os aman los rectos de corazón. Quisiera el amor tenernos conti-

nuamente á los pies de María, pensando en Ella sin descanso; mas ¡ay que por nuestra culpa la olvidamos muchísimas veces! Al reflexionarlo siente el corazón una profunda tristeza, y volviéndose á María le pregunta: decidme, oh amadísima Señora, ¿dónde teneis los pastos, dónde el sesteadero al llegar el mediodía para no seguir otras sendas que las que á Vos me conduzcan? Y cual si no quisiésemos esperar la respuesta, prorrumpe nuestro amor en estas expresiones: Son vuestras mejillas muy hermosas cual de paloma torcaz; y vuestro cuello está como adornado de collares de perlas; os haremos gargantillas de oro taraceadas de plata.

Vuestro recuerdo derrama en nuestra alma, como el nardo precioso, la más delicada fragancia. Pensamos en Vos, en la Virgen purísima, en la hermana afectuosa, en la Madre que tanto nos ama; y esta Madre, la hermana y la Virgen, nos dice con dulcísimo acento: Como el cinamomo y el bálsamo aromático despedí fragancia; como mirra escogida exhalé suave olor; y llené mi habitación de odoríferos perfumes (1).

¿Sería extraño que pensando en María, sus santísimas virtudes difundieran en el alma su celestial fragancia? Y el amor hácenos pensar en Ella sin interrupción; y también le dirigimos Suspiramos de amor y de ternura al pensar en María; y las delicadas y sublimes expresiones que le hemos dirigido, avivan más y más nuestro cariño; y sin embargo ¿qué es nuestro amor comparado con el que Ella nos tiene, con el que le han tenido sus verdaderos amantes? Esto nos avergüenza y confunde; mas no nos desalienta, porque Ella es Madre del amor hermoso y de la santa esperanza. Si la hemos de amar, Ella tendrá que encender en nuestras almas las llamas de su santa caridad; y por cierto que María no dejará de hacerlo; pues así se lo pedimos una y otra vez y con todo el corazón. Es nuestra esperanza y no quedaremos confundidos.

Oh Virgen sacratísima, yo no os pido los bienes de la tierra ni el amor del mundo, sino una herencia incorruptible y vuestro santo amor que me haga muy agradable á los ojos del Eterno.



la palabra y le decimos: Sois manojito de mirra para vuestros hijos; y os traemos siempre en el alma. No olvidamos vuestras amargas penas y dolores. Sois racimo de cipro cogido en las viñas de Engaddí. ¡Oh, y cuán hermosa sois, sacratísima Señora, cuán hermosa sois! Son vivos y brillantes vuestros ojos como los de la paloma.

⁽¹⁾ Eccli. XXIV, 20, 21.